DISCURSO

En respuesta a M. Thiers en la discusion del proyecto de ley en que se pedia un credito estraordinario de un millon como complemento de los gastos secretos de 1840.

Sesion del 24 de Marzo de 1840.

Señores:

No habiéndose presentado ningun orador para refutar las objeciones de mis honorables amigos, me veo obligado para restablecer el terreno de esta discucion á ocuparme parte por parte del elocuente discurso que habeis oido al comenzar esta sesion.

Si toda la destreza de la palabra, si toda la dignidad del lenguaje, la franqueza de la elocucion, pudieran cubrir lo que hay de especioso, lo que hay de falso en una situacion, no temo decirlo, la cámara estaria suficientemente informada, y votaria en este momento. Pero no es dado á la palabra, por hábil, por poderosa y elocuente que sea,

ser mas fuerte que las cosas. Hay, señores, un proverbio famoso que esplica vuestra situacion y la nuestra. Lo aplico y digo al ministerio: Decidme dónde os colocais; decidme dónde estàn vuestros amigos, dónde está el centro de vuestra accion; y sin escuchar las palabras que pronunciéis os diré de antemano lo que haréis, lo que inevitablemente estaréis condenados à hacer. (*Muy bien!*)

El señor presidente del consejo os ha esplicado con una franqueza que me complazco en reconocer, todos los miramientos, toda la delicadeza y toda la dignidad de su posicion personal en la transaccion que ha intentado para completar, dice, el gabinete del 1º de Marzo. Le parecerá mal que nosotros à nuestra vez, nosotros, miembros, no de una mayoría, siempre lo hemos reconocido, sino de lo que se ha llamado la minoría mas numerosa, vengamos, no en nombre de nuestra dignidad personal, que sacrificamos á nuestro pais, sino en nombre de la dignidad de nuestra opinion (y no es este, señores, un vano punto de honor, porque el honor de las opiniones es su seguridad) á ecsaminar frente á frente con él y delante de nuestro pais en qué posicion nos encontramos y si es aceptable la situacion que ha pretendido proponernos.

Pido una estrema indulgencia hácia el estado en que me hallo, y que me impide elevar la voz tanto como quisiera.

El ministerio nos ha propuesto, lo hemos reconocido desde luego, no una vana cuestion administrativa, sino una grande y séria cuestion política.

El ministerio nos pregunta: "¿Teneis confianza en mí? Permítame, antes de responderle, hacerle observar que hay algo de violencia moral en obligarnos á decirle lo que

deben saber tan bien como nosotros. Comprendo que no se necesite à los hombres, comprendo que se les designe con calificaciones poco simpáticas; pero no comprendo que despues de haberlos desacreditado y perseguido como enemigos del bien público en las elecciones, no comprendo que al estrechar todos los dias la mano de los que los persiguen con su ódio, se tenga valor de venir à esta tribuna à preguntarles: "¿Teneis confianza en mí?"

Y si respondiéremos: "Sí, tenemos absoluta y plena confianza," os lo pregunto á mi vez á vosotros mismos; ¿esta respuesta no os pareceria la mas amarga de las ironías, el epigrama mas sangriento? Y si esta respuesta fuera sincera, si pudiera serlo ¿no veria el pais en nosotros à los mas cándidos ó á los mas tímidos de los hombres políticos? (*Viva aprobacion.*)

Os digo, pues, desde luego: No, no, nosotros no podemos tener confianza, y sin embargo, me complazco en decíroslo y bien lo sabeis; esta falta de confianza no se dirige á los hombres, sino á la situacion. No hay uno solo entre los hombres eminentes de que se compone el gabinete, comenzando por su gefe, á quien no hubièramos visto con gusto llamado á los negocios, si el gabinete se hubiera formado sobre la base mas ámplia y mas verdaderamente parlamentaria que nuestro patriotismo deseaba. Este ministerio no tiene base, por lo mismo el poder no tendrá regularidad ni aplomo.

Hé aquí por qué nos reservamos. Espliqnémonos ante la Francia, si gustais.

No temais, señores, que yo vuelva á la cámara á huellas borradas, à las ruidosas discordias de nuestras sesiones. Bastante es sufrir sus consecuencias en el fraccionamiento de los partidos.

No, me apartaré con cuidado de esas espinas de la discusion. Ya no hay ódio, ni cólera, ni rencores; y si hubiera en el fondo de nuestros corazones algun resto de amargura y de indignacion contra tantas injusticias, nos felicitariamos de ello, para tener el fácil mérito de inmolar todo esto á la salud del pais. [*Aprobacion.*]

Pero ya no hay nada. ¿Qué hay pues? ¿Tal vez principios? Ni aun eso, esta es una pretension de los partidos para dar colorido à las pasiones que se nos suponen. En realidad no hay principios entre nosotros. Siempre os lo he dicho: se engaña á la Europa con esta idea, y se trata de engañarnos à nosotros mismos. Digamos al fin la verdad.

Se figura, se dice, se escribe que somos dos campos enemigos, profundamente divididos por alguna gran teoría política y social que cada discusion ahonda y estiende mas; que tenemos miras diferentes, banderas diversas; que los unos (estos érais vosotros) quieren llegar á la república al través del gobierno parlamentario recientemente fundado y al través de todos los ensayos, de toda la desorganizacion que les presta la fantasía de los temblADORES monárquicos.

Se añade que los otros (y estos somos nosotros aparentemente) quieren retrogadar del gobierno constitucional, del gobierno de las mayorías hasta no sé que gobierno personal que tomaria á las cámaras por simples consejos, á los ministros por agentes responsables, y que disfrazando mal un absolutismo vergonzoso bajo formas, representativas, na seria para la nacion sino la parodia de los gobiernos de discusion, y para la corona la hipocresía de la constitucion.

¿Necesito conjuraros á que desmintais estos dobles absurdos? ¿Hay en la izquierda, hay en la derecha, hay en el centro un solo hombre qne habiendo respirado el aire de su siglo sueñe estas quimeras de demagogia ó de autoridad? Vuestras señales negativas me responden.

A estas acusaciones, à estas calumnias se contesta solo con alzar los hombros. (*Muy bien! muy bien!*)

Sí, y de ello felicito à mi pais, y deduzco un feliz augurio para mi siglo, en medio de nuestros disentimientos, de nuestras oscilaciones mas ó menos divergentes, en el fondo nuestros principios son unos mismos. Todos queremos la consolidacion, el desarrollo de un gobierno monárquico, pero democrático; monárquico en su cúspide, popular en su base; queremos que los tres poderes de que se compone se muevan libres é independientes en los límites que les ha fijado la constitucion de 1830 y de 1814.

Todos queremos que este gobierno se respete á sí mismo, que no le turbe, ni interrumpa su difícil pero precioso equilibrio, ningun choque de una prerogativa con otra, de las càmaras con la corona, de la corona con las cámaras: todos queremos que sea fuerte en el interior para ser nacional é imponente en el esterior; todos queremos no que permanezca inmóvil, sino que avance prudentemente en la senda de las ideas progresistas y de las necesidades populares.

Pero hay sin embargo alguna cosa, preciso es decirlo, sin la que el pais nos tendria por insensatos y turbulentos que se agitan sin motivo y sin causa, y esta causa hèla aquí: no se descubre al primer golpe de vista; pero está al fondo de todo, entre la izquierda y nosotros, entre la prensa y nosotros, y sobre todo, entre vosotros y nosotros.

Percibimos hace mucho tiempo, y todo lo que reflecta

sobre el estado de los espíritus está herido de esta verdad, que hay aquí hombres de grandes ideas liberales en la izquierda y entre nosotros, y que hay entre vosotros hombres que tal vez toman los instintos revolucionarios por las ideas liberales, cuando nada es mas opuesto.

Sí, hé aquí la diferencia entre vosotros y yo. Yo amo y defiendo la idea liberal, el progreso del país y de la legislacion en el sentido regular y fecundo de la libertad; vosotros amais, halagais, sobrecitais el sentimiento, el recuerdo, la pasion revolucionaria; de ello os jactais y decís: "Soy hijo de las revoluciones, nací de sus entrañas, ellas son mi orígen, tocándolas me hago de poder como el gigante tocando la tierra." Gustais de gritar delante del pueblo esas palabras sonoras, de agitar esas antiguas banderas para animarlo y atraéroslo: la palabra revolucion en vuestra boca es, permitidme decirlo, el pedazo de trapo colorado que se agita delante del toro para escitarlo. (*Esclamaciones y rumores prolongados en la izquierda.*)

Decís: "Esto no es nada, no es mas que un pedazo de trapo, no es mas que una bandera." Bien lo sabemos; pero esto irrita, esto inquieta, esto causa miedo! Así os conviene, sea enhorabuena; pero nosotros creemos que lo que irrita é inquieta al país acerca de los grandes intereses de reforma política, adquiridos para siempre, no vale nada, es funesto, lo vuelve á lo pasado, en vez de hacerlo marchar en órden hácia su porvenir. Queremos que tenga movimiento; pero no convulsion, no fiebre. Esto es lo que queremos tambien para la Europa.

Esta es una de las causas que nos dividirá mucho tiempo; mas no nos divide de la izquierda liberal, ó si ella os sigue imprudentemente al terreno revolucionario, nos

volvemos á encontrar con ella en el terreno de los verdaderos intereses liberales. (*Adhesion en el centro derecho.*)

Pero es preciso decirle todo. Hay otra cosa entre nosotros; hay, me atreveré á decirlo, no un principio, sino una pasion inquieta, recesolosa, insaciable que nada puede calmar, que nada quiere dividir, porque todo es poco para ella. Hay la pasion de gobernar, de gobernar solo, de gobernar siempre, de gobernar con la mayoría, de gobernar con la minoría como hoy, de gobernar con todos y contra todos, de reinar siempre, de reinar á toda costa! Sí, lo repito, hé aquí lo que nos divide, hé aquí la única barrera entre nosotros.

¿Somos nosotros quienes la hemos levantado? Dignaos escucharme con la imparcialidad de jueces, y quisiera que el país que debe juzgarnos en último recurso, me escuchara todo entero.

Dos años de luchas violentas en esta tribuna, cuatro años de mayoría flotante, tres meses de vacilaciones del poder descubrir aquí un centro de fuerza; tres gabinetes, cuatro acaso en un año; la accion vital del gobierno suspendida, las leyes mas esenciales á la subsistencia sin pueblo empleadas en el momento de ser discutidas; el gobierno empleando en procurar vivir los medios que hubiera empleado en obrar, en administrar en el interior y el esterior igualmente desconcertados por estos eclipses incesantes de mayorías; hé aquí el estado en que nos encontramos hace mucho tiempo; he aquí la situacion del parlamento, situacion que desacredita profundamente lo que se llama tan gloriosa pero tan inoportunamente gobierno parlamentario; situacion que inquieta, que agita, que aflige profundamente á los que como yo conservan toda su fé en el gobierno representativo; pero que hace

preguntar con escepticismo á las masas si este gobierno se ha inventado para ser el combate brillante pero estéril de algunas pasiones de tribuna; si se ha inventado para uso de algunos ambiciosos de fama y de renombre ó para beneficio del pueblo. (*Ligera agitacion.*)

No fieis en este escepticismo. El colmo del mal para el pueblo seria perder la fé en la libertad.

Cuando llegamos aquí al principio de estas sesiones, mejor diré, hace solo quince dias, cuando el último ministerio cayó en un encuentro, en un accidente, en una votacion no combinada, no dirigida contra él, sino contra una ley, ¿cuál fué, evoco vuestros recuerdos, nuestro sentimiento, el sentimiento de todos? Hablo de todos los que quieren una reconstitucion de mayoría.

Nos dijimos en voz baja y en voz alta; nos dijimos en todos estos bancos, en el cambio y en la efusion de las intenciones mas conciliadoras: "Queda hecha la paz; se ha encontrado la mayoría, la coalicion ya no ecsiste; vencedores y vencidos han estado separados durante nueve meses por el ministerio del 12 de Mayo; el tiempo ha hecho su obra; un soplo de concordia se ha derramado en todos los grupos de esta asamblea, un momento desunidos. Hé aquí dos grandes fracciones de la cámara: el centro izquierdo y el centro derecho: el uno cuenta 50, 60, 80 votos; el otro 200 ó 220. Unidos estos dos centros son la base natural y permanente de un poder regular; uno y otro tienen personificaciones eminentes de sus principios; estas personificaciones estiman, se honran mútuamente; no hay cuestion que las divida, porque no se trata ya ni de Ancona, ni del Luxemburgo, ni de D. Cárlos rechazado de España: estos hombres de gobierno van á entenderse y el pais va á marchar."

En vano lo negais hoy; este era el pensamiento de todos, porque este era el pensamiento de las cosas, el pensamiento de la situacion. Los dos centros se tendian la mano para reunirse. ¿Qué se ha interpuesto, pues, entre nosotros?

¿Habeis sido vosotros, hombres del centro izquierdo? No, lo declaro, no habeis sido vosotros, y podria yo citar la prueba. Lo decís hoy, porque quereis tomar generosamente la responsabilidad de los que os precipitaron: no lo decíais entonces, decíais como nosotros: "La union de los centros! Un gabinete escogido entre sus gefes!"

¿Hemos sido nosotros, los hombres del centro derecho? nosotros que jamás hemos pretendido nada, que siempre hemos querido presentar al pais la imágen de la union, de la fuerza en el reposo?

No, me atrevo á decirlo, la historia parlamentaria lo comprobará; jamás un gran partido político se mostró mas desinteresado del poder para sí mismo. ¿Qué puesto hemos pedido para nosotros? ¿Qué obstáculo personal hemos presentado á ninguna combinacion honrosa y segura?

Lo que se ha interpuesto, señores, tendré el valor de decíroslo, porque es verdad en mi concepto, no son ni los principios, ni las cosas, ni siquiera los hombres; me es grato hacerles esta justicia; lo que ha impedido esta union de los dos centros, única combinacion normal, homogénea duradera para la mayoría y para el poder, es la situacion tomada en esta cámara y tomada sistemáticamente por el señor presidente del consejo. ¿En dónde se ha colocado? No en ese centro de imparcialidad que le pediamos con contrapesos, con garantías de moderacion á su derecha y á su izquierda; se ha colocado casi en la estre-